

# CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONCLUSIÓN)

En la ciudad china, en cambio, la animación y el movimiento son grandes; por el centro de las calles discurre apretada la multitud, yendo de barraca en barraca, comprando y vendiendo, gritando y gesticulando. Interminables hileras de carritos de dos ruedas tirados por mulos corren en opuestas direcciones y á cada momento la circulación se obstruye; en los mercados de pescado, de carne, de pieles, de porcelanas y de legumbres, una muchedumbre que sin cesar se renueva, y de cuando en cuando el horrible espectáculo de una ejecución pública; cobijados bajo quitasoles cuadrados, ejercen sus oficios los industriales ambulantes, barberos, vendedores de comestibles, etc., y entre aquella multitud, sobre todo en los puentes de mendigos, permanecen sentados en cucillas innumerables pordioseros, algunos de ellos horriblemente mutilados, ciegos, paralíticos, leprosos, cubiertos de llagas, que piden limosna pronunciando sin cesar la palabra *kumcha-kumcha*. Forman el marco de este cuadro singular, lleno de vida y de color, los muchísimos comercios de curiosidades, las confiterías, los restaurantes, las tiendas de todas clases, delante de las cuales álzanse esbeltos mástiles de los que penden largos cartelones de madera con inscripciones en grandes caracteres dorados. Debajo de las cubiertas de los edificios, que sólo tienen planta baja y un piso, y á la altura de éste, corren unas galerías con balaustres esculpidos, y las fachadas de las casas, especialmente de las confiterías, están profusamente cubiertas de molduras doradas ennegrecidas por una espesa capa de polvo.

De cuando en cuando, los chinos, muy amigos de divertirse, disponen luchas de animales de todas clases que se verifican al aire libre; para ellas se utilizan no sólo los gallos, sino que también los palomos, las codornices y hasta los grillos, y los espectadores contemplan atentos y con gran interés las peripecias de aquellos combates.

El silencio y la soledad que reinan en la ciudad tártara contrastan con el ruido y la animación que en la china se notan: los chinos significan la vida, el lucro, la riqueza; y sin embargo, los tártaros son los amos de la capital y de todo el país.

En las afueras de Pekín hay muchas más cosas notables que dentro del recinto amurallado. A algunas horas al Norte de la población se encuentran las estribaciones de la meseta mongólica, entre cuyos declives cubiertos á trechos de bosque se ocultan innumerables conventos, pagodas, sepulcros y templos. Allí están también los palacios de verano del emperador con sus extensos parques, y allí se refugian durante la estación calurosa los representantes de las potencias y los misioneros, que en aquellos amenos sitios se dedican á toda clase de deportes. Un poco más al Norte vense las conocidas tumbas imperiales de la dinastía de los Ming; centrándose en aquel paisaje animado, admirablemente cultivado y con una población numerosa, la gigantesca muralla china con sus grandiosas puertas y torres.

Esta muralla por sí sola sobrepuja todas las esperanzas que la curiosidad hiciera concebir, y á su lado palidece todo cuanto Pekín y sus inmediaciones ostentan.

de que podamos esperar tranquilos la próxima recolección.»

En el propio periódico apareció el día 30 de junio la siguiente noticia: «Mañana, á las tres de la madrugada, se dirigirá el emperador á Takao tien para ofrecer sacrificios.»

Edictos y noticias análogas se leen en aquel diario casi todas las semanas: unas veces hace el emperador sus sacrificios en el salón de los antepasados, otras en el templo del Cielo y otras en el de la Tierra. La hora de la ceremonia es muy temprano, generalmente entre tres y cinco de la madrugada; pero algunas veces se celebra aquélla de noche.

El hecho de que en aquellos edictos no se mencione para nada á los sacerdotes y sólo se hable del emperador, se explica sabiendo que éste es el representante de la divinidad china en la tierra, una especie de sumo sacerdote con coleta. Así como en los tiempos bíblicos á menudo se reunían en una misma persona las funciones de sumo sacerdote y de rey, en China esta costumbre se ha conservado hasta nuestros días; es más: el emperador es el hijo del cielo, sus antecesores en el trono del dragón viven como espíritus en la compañía de las potencias celestes, y él mismo, cuando se muera, subirá al cielo montado en un dragón de oro. Allí seguirá viviendo su espíritu é influirá en la existencia de los sobrevivientes del mismo modo que sus antepasados influyeron en la suya. Esta creencia fué el origen del culto á los antepasados que en China, especialmente en la corte



Estatua de un león, situada delante del palacio imperial de verano en Pekín

## CAPÍTULO XVIII

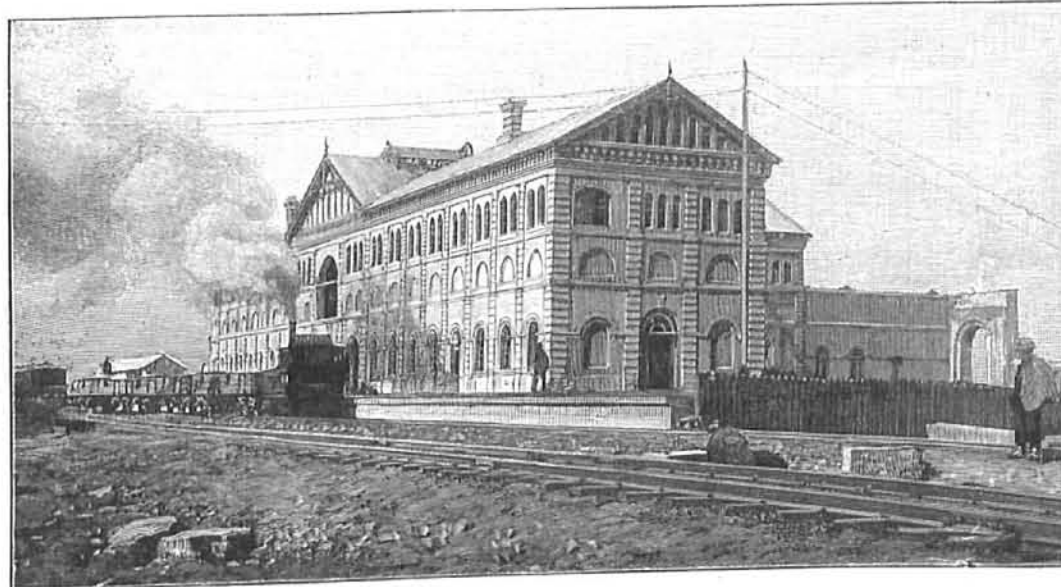
### LOS BANQUETES Á LOS ESPÍRITUS Y EL CULTO DE LOS ANTEPASADOS EN LA CORTE IMPERIAL

El *Diario Oficial* de Pekín de 29 de junio de 1895 insertaba el siguiente edicto del emperador: «Durante la última semana ha llovido mucho en el recinto de la capital y todavía continúa el cielo cubierto de nubes, de modo que es de temer que por exceso de lluvias se malogre la cosecha, lo cual nos tiene profundamente preocupados. Nos parece, pues, conve-

imperial, llega á las más extremadas manifestaciones. En el interior de la Ciudad de Púrpura, vedada á los simples mortales y situada en el corazón de Pekín, hay un gran templo imperial de los antepasados y en los demás templos de la ciudad, en los del Cielo, de la Tierra, del Sol y de la Luna, se ven las pequeñas tablas genealógicas de los emperadores fallecidos. En el Tai-miau, es decir, en el Gran Templo, situado junto al palacio del soberano, hay, además de las tablas genealógicas de los emperadores, las de las emperatrices de las diez últimas generaciones: estas tablas son unas sencillas planchitas de

madera en las cuales hay dibujados los nombres y los títulos del difunto, y encerradas en cajitas de madera doradas están puestas sobre largas mesas. Inmediato al templo imperial de los antepasados, junto á la fachada oriental del mismo, se encuentra un edificio para las tablas genealógicas de los príncipes imperiales; al lado Oeste otro para las de los hombres de Estado, generales y otras personalidades que hayan contraído grandes méritos; es decir, una especie de salón de la fama, pero sin estatuas ni otro ningún adorno.

En este Tai-miau banquetea, apenas elevado al trono, el nuevo emperador con sus imperiales antecesores, pues los chinos consideran como solemnes agapes los sacrificios que á esos antepasados se ofrecen. En cuanto el emperador, vestido de gran gala, ha penetrado en el edificio, se colocan delante de las tablas genealógicas de



PEKÍN. — Estación del ferrocarril de Pekín á Takú

niente implorar del cielo un buen tiempo, para lo que el día 1.º de julio nos dirigiremos á Takao-tien para ofrecer sacrificios y pedir al poder celeste que nos conceda la lluvia y el sol en tiempo oportuno á fin

sideran como solemnes agapes los sacrificios que á esos antepasados se ofrecen. En cuanto el emperador, vestido de gran gala, ha penetrado en el edificio, se colocan delante de las tablas genealógicas de

cada imperial pareja los sacrificios, consistentes en tres copas de vino, dos platos de sopa, una mesita y una silla en donde hay los vestidos correspondientes



Pebetero chino

para los antecesores invisibles. Además, cada emperador recibe dos piezas de rica seda. En cada una de las largas mesas y delante de cada pareja, entre pebeteros y cirios aromáticos, se pone un cochino, un buey y una oveja muertos. Hecho esto, el emperador se sitúa solo en medio de la sala, se arrodilla, y tocando con la frente el suelo, va invocando uno por uno á sus antepasados, llamándoles por sus nombres y títulos, ceremonia larguísima, pues cada uno de estos títulos consta de doce á veinte palabras. Después, les suplica que acepten sus ofrendas propiciatorias como expresión de su veneración y de su solicitud; esta plegaria la lee el emperador en una tablita de madera amarilla que, una vez terminada su lectura, entrega al maestro de ceremonias, entre los acordes de una música mongólica y los cantos de los coristas. Los funcionarios recogen entonces las piezas de seda, y en procesión solemne las llevan á un gran altar, en donde son quemadas junto con la tabla de la plegaria.

A continuación verificase una ceremonia en extremo rara que tiene muchos puntos de semejanza con otras ceremonias análogas de los antiguos cultos judío y cristiano. Un elevado funcionario del templo presenta al emperador una copa con el vino de ben-

el soberano repite otras tantas veces los *kautaus*; de modo que durante esta ceremonia se arrodilla diez y ocho veces y toca con la frente las frías losas del suelo cincuenta y cuatro, ejercicio algo fatigoso que han de ejecutar también todos los príncipes y dignatarios presentes.

El templo más importante de Pekín, aquel en el cual el propio emperador hace los sacrificios como sumo sacerdote, es el famoso templo del Cielo. En la ciudad china, tocando á las altas y sólidas murallas que rodean la capital, hay dos grandes bosques sagrados que ocupan una superficie de varios kilómetros cuadrados y que propiamente son frondosos parques llenos de corpulentos árboles seculares, entre los cuales pacen bueyes, ovejas y otros animales destinados á los sacrificios. Elevados muros pintados de rojo pálido rodean aquellos apacibles lugares, en cuyos recintos á muy pocos extranjeros es dado penetrar. El parque occidental contiene el templo de la Agricultura y el oriental el Tian-niau, ó templo del Cielo, mucho mayor y más importante que el primero. Antes de que la actual dinastía reinante subiera al trono, el templo de la Agricultura era el templo de la Tierra; pero en 1531 resolvieron los escribas chinos que este último había de alzarse fuera de las murallas de la ciudad, en vista de lo cual construyese al Norte de la ciudad tártara un parque de unas trescientas arpentas, en cuyo centro se levanta el templo ó, mejor dicho, el altar de la Tierra.

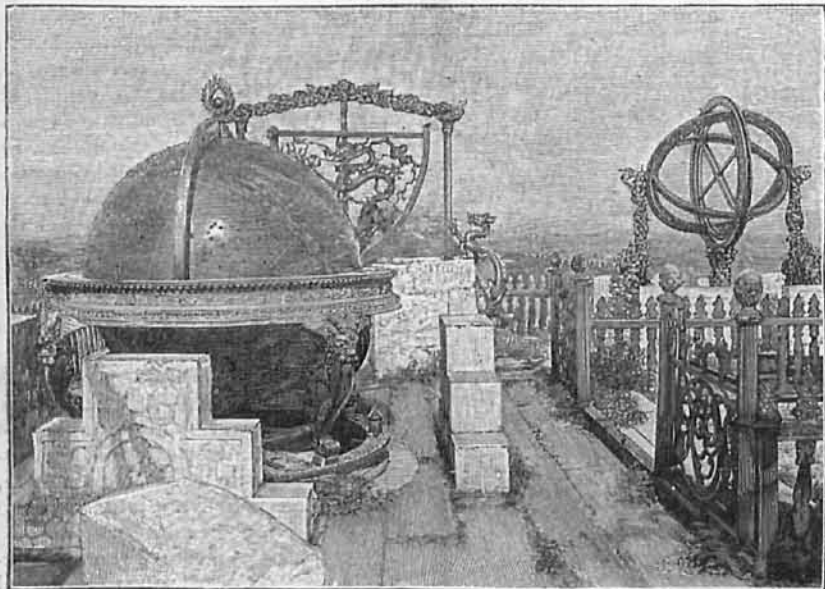
Durante la mayor parte del año, aquellos bosques sagrados permanecen abandonados y solitarios, y son los lugares más tranquilos de todo el imperio chino; pero en tres épocas, ó sea en los solsticios de verano y de invierno y al principio de la primavera, los magnates del imperio agrúpanse con gran pompa en torno del altar del cielo, á la sombra de los frondosos árboles: allí se congregan el emperador, los príncipes, mandarines y generales, que con su séquito de músicos, coristas, servidores del templo, bailarines, guardias de corps y soldados de palacio forman un cuadro en extremo original y grandioso. El día antes, al ponerse el sol, el emperador sale de su residencia y en procesión solemnísimamente se dirige al templo, recorriendo las calles de su capital recién arregladas y sembradas de polvo amarillo. Por respeto á la sagrada persona del monarca, todas las puertas y ventanas han de permanecer cerradas, no pudiendo dejarse ver alma viviente, sea chino, sea europeo, y por aquellas calles desiertas rueda el coche de gala amarillo tirado por un elefante que conduce al emperador. El acompañamiento del soberano compónese por lo menos de dos mil funcionarios de la corte, mandarines, eunucos y guardas con innumerables banderas y tablas y quitasoles de honor. Una vez en el bosque sagrado, el emperador empieza por examinar los animales destinados al sacrificio y luego se dirige al recinto del ayuno y de la penitencia, mientras sus acompañantes se quedan fuera, sentados en el césped debajo de los árboles. Ningún ruido interrumpe el silencio de la noche, mientras el emperador permanece durante algunas horas en el obscuro santuario de rodillas y entregado á la oración. Después, el soberano es conducido á una tienda de gala, en donde procede al lavatorio de manos, que se verifica con gran

techos, y en el lado Norte, enfrente de la puerta de entrada, hay puestas sobre mesitas de laca encarnada, ricamente esculpidas, las sencillas tablitas del Shang-te, es decir, del «señor supremo del cielo, de la tierra y de todas las cosas,» y las de los ocho emperadores muertos de la dinastía reinante. Esas tablitas, envueltas en seda azul, son llevadas desde aquel templo al sagrado altar del cielo, en donde ha de celebrarse la fiesta propiciatoria imperial.

Este altar, uno de los lugares más sagrados del imperio chino, hállase situado cerca del templo en un espeso bosque de cipreses: rodeada de venerables árboles seculares, álzase allí una construcción compuesta de terrazas circulares de mármol de blanca deslumbradora, á cuya plataforma se sube por cuatro amplias escalinatas de nueve escalones cada una. Las terrazas, lo propio que las escalinatas, están rodeadas de marmóreas balaustradas con multitud de esculturas, entre las que predominan los dragones y los fénix. En el centro de la plataforma superior, cuyas baldosas son de mármol blanco, álzase un gran bloque también de mármol destinado al emperador, sobre el cual se extiende un dosel que cubre toda su superficie. A la trémula luz de numerosas antorchas, los criados, vestidos con largas túnicas de color azul claro, colocan en aquella plataforma las tablitas imperiales; en la terraza inmediatamente inferior se disponen las tablillas del sol, de la Osa Ma-



Sacrificios ofrecidos á un idolo.



El observatorio de Pekín

dición; el soberano, antes de tomarla, se arrodilla tres veces y en cada una de ellas toca tres veces con la frente el suelo. Después de apurada la copa, le ofrecen la carne de bendición puesta en un plato, y

so templo circular del Cielo, con sus tres pisos cubiertos por tejados de porcelana de color azul celeste. El interior del santuario es de majestuosa sencillez: columnas de madera dorada sostienen los

yor, de los cinco planetas, de las veintiocho constelaciones y otra para todos los demás astros, y en frente de ellas, en la segunda terraza, se ponen sobre unas mesitas las tablillas de la luna, del viento, de la lluvia, de las nubes y del trueno, con lo cual el dios supremo Shang-te, queda, según creencia de los chinos, rodeado de todos los cuerpos celestes.

Delante de cada tablilla se ponen en largas mesas pebeteros para el incienso, y poco á poco se encienden cirios y palillos aromáticos; de suerte que mientras las antorchas iluminan el bosque de cipreses en la blanca pirámide de mármol, que tiene alguna semejanza con el Teocatlí azteca, arden millares de lucecitas, á cuya luz se amontonan delante de cada tablilla las ofrendas propiciatorias, á saber: doce piezas de la más recia seda azul delante de Shang-te; tres piezas de seda blanca delante de cada emperador, y luego diez y siete piezas juntas de seda encarnada, amarilla, azul y blanca para las demás tablillas, consistentes en unas planchitas de madera de un pie de alto por dos pulgadas de ancho, en las cuales aparecen escritos los nombres de los mencionados cuerpos celestes. En cuanto los que allí están tienen noticia de que el cortejo imperial se ha puesto en marcha, se colocan los manjares del sacrificio, que son para Shang-te una ternera muerta y para los astros un toro, una oveja y un cerdo. Delante de cada tablita se ponen tres tazas de vino de arroz, y dispuestos en ocho hileras veintiocho platos llenos de toda clase de vituallas y frutas; en algunos de ellos hay sopa con pedazos de carne de buey y de cerdo, en otros carne salada con fideos, en otros carne de

liebre ó de ciervo, pescados ahumados ó en salazón, yemas de bambú, perejil, arroz y mijo cocidos, flores de cebolla de distintas clases y especias, como sal y pimienta. Los acordes de la música y los cantos de los coros anuncian que el cortejo imperial se aproxima; en un momento se llenan los parterres de millares de personas, y los príncipes y los dignatarios suben á las terrazas inferiores mientras el emperador solo asciende lentamente hasta la plataforma superior; y una vez en ella, se arroja al suelo tres veces delante de la tablita del Shang-te y toca en tierra con la frente nueve veces, haciendo luego lo propio todos los circunstantes.

Entonces cesa la música y reina en aquel lugar sepulcral silencio: el emperador alza con ambas manos hasta la tabla de Shang-te un hermoso pedazo de piedra jade azul, como símbolo del cielo, como signo visible del sacrificio; á lo lejos óyese el coro de cantores que entona un himno de circunstancias, y en el entretanto varios criados rocían con sopa caliente la ternera que ha de sacrificarse á Shang-te. Inmediatamente después el emperador lee en una tablita de rezos azul una plegaria por la que se implora la bendición del cielo y el favor de los emperadores difuntos. Los músicos tocan un himno, mientras los bailarines ejecutan varias figuras. Alumbrados por la trémula luz de las antorchas, en medio de los oscuros árboles del bosque y bajo la estrellada bóveda del cielo, aquellos pintorescos grupos, rodeados de millares de príncipes y dignatarios ricamente vestidos, han de constituir un cuadro altamente extraño y solemne que desgraciadamente á ningún europeo le ha sido dado contemplar. Desde hace miles de años se celebran en China estas fiestas siempre dentro del mismo riguroso ritual, y del mismo modo que antiguamente se extendieron por Occidente llegando hasta el Mediterráneo, llegaron también por Oriente hasta los aztecas; pero en Occidente y en Oriente

y la carne de la bendición.» Algunos altos dignatarios entregan solemnemente ambas cosas al emperador, el cual, antes de tomarlas, hace tres

kautaus una túnica de tela burda, se dirige desde la sala de la Penitencia hacia el altar del Cielo; y una vez delante de éste, lee los nombres de todos los condena-



La calle de las Legaciones en Pekín

delante de las tablitras; después de esto, las tablitras son conducidas nuevamente al templo; y una vez allí, se arrojan al fuego las piezas de seda y los animales destinados al sacrificio, para que mediante la cremación lleguen realmente hasta los espíritus á quienes están destinados. En un ángulo de la pared de cerca hay un hogar de porcelana de tres metros de alto, y junto á él ocho pequeñas estufas de mampostería en las cuales aparecen colocadas unas fuentes de hierro de un metro aproximadamente de diámetro. Los sacrificios se ponen sobre los carbones encendidos, los destinados á Shang-te en el hogar de porcelana y los de los emperadores en las estufas, y mientras las sedas preciosas, las carnes y las legumbres se convierten en humo, el emperador regresa á su palacio; y cuando palidecen las estrellas en el firmamento y asoman por el horizonte las primeras claridades del día, restablécese el silencio en el gran parque del templo del Cielo, vuelve á reinar en él la soledad y apenas si una ligera columna que de los sacrificios quemados se desprende recuerda aún por algunos

dos á muerte que han de ser ejecutados durante el año y pide al cielo gracia para aquellos que acaso sean inocentes del crimen que se les imputa.

Análogas á las que se celebran en el templo del Cielo son las fiestas propiciatorias que se celebran en el de la Tierra, sólo que en éste se sacrifica, no á los cuerpos celestes, sino á los espíritus terrenales, á los de los cuatro grandes mares, á los cuatro grandes ríos de China y á las catorce montañas más altas. También en estas ceremonias se colocan las tablitras de los emperadores difuntos junto á las de los espíritus terrestres; pero sólo se queman las ofrendas destinadas á los emperadores, pues las destinadas á los espíritus se entierran profundamente para que de este modo cumplan su misión.

Algunas de las ceremonias religiosas que en la corte imperial se celebran datan de tiempos inmemoriales; el culto al sol y á la luna que á estos astros se rinde en los templos á ellos consagrados son restos de las primitivas religiones que allí se han conservado hasta hoy, y otras varias solemnidades, como la

fiesta de la agricultura, tienen su origen en el período en que se construyeron las pirámides egipcias. Reinaba en China hace cuatro mil años el emperador Shun, el cual dedicó especial atención á la agricultura é inauguraba en cada primavera las labores agrícolas trazando un surco con el arado; pues bien, lo mismo que entonces se hace ahora en el gran templo de la Agricultura, que se levanta junto al del Cielo á lo largo de la muralla meridional de Pekín. En un día determinado de primavera, el emperador con los príncipes imperiales y toda la corte acude á aquel templo para ofrecer sacrificios á los dioses, ó mejor dicho, para celebrar con ellos un banquete simbólico. Después de los correspondientes kautaus, el emperador y los príncipes truecan sus ricos vestidos por el traje de campesino y se dirigen á un campo cercano, en donde trazan nueve surcos con arados de laca amarilla tirados por búfalos, detrás de los cuales van algunos man-



Una familia china

han desaparecido y sólo en el Celeste Imperio se han conservado incólumes hasta nuestros días.

Cesa de nuevo la música y el silencio de la noche es interrumpido por una voz misteriosa que canta las siguientes palabras: «Ofreced la copa de la bendición

instantes la ceremonia que allí acaba de verificarse. Además de estas grandes fiestas propiciatorias, celébrase anualmente delante del altar del Cielo otro servicio divino en extremo original. El emperador, vestido, no con sus ricos ropajes imperiales, sino con

darines echando simientes. Mientras dura esta ceremonia, los coros y la música entonan himnos en loor de la agricultura.

FIN